

EL NEOSCOLASTICISMO Y LA COMPAÑIA DE JESUS

Una publicación reciente (1) pone la pluma en mis manos para hacerle una pequeña acotación y con ella realizar una idea que acariciaba de antiguo. Es esto tanto más oportuno cuanto me consta que la obra se difunde rápidamente (y de ello mucho nos alegramos) y ha sido declarada por la Academia de la Historia "Obra de mérito". Por otra parte, mi observación, además de ser muy excusable, como veremos, es tan microscópica que ni mermará un punto el valor del libro ni rebajará lo más mínimo la estrecha amistad que me une con el autor hace varios lustros.

En períodos elocuentes (pp. 21-22), contraponiendo el macizo baluarte de la Neoscolástica a las inconsistentes construcciones de las modernas filosofías héterodoxas, afirma que "*la reforma escolástica iniciada por Sanseverino*, plasmada en la escuela de Lovaina e impulsada en España por Balmes y el Cardenal Zeferino, acudía a las fuentes de sus maestros, estudiaba con ahinco y se asimilaba con provecho el magnífico avance de las ciencias..." (p. 22).

Hemos subrayado nosotros lo único que nos interesa del párrafo: el atribuir los primeros orígenes del neoscolasticismo al Canónigo napolitano Cayetano Sanseverino. Atribución muy excusable, lo repetimos, que pudieron sugerirle a mi docto amigo estas palabras del Cardenal *Zeferino González*: "El nombre de Cayetano Sanseverino es el primero que ocurre a la mente al hablar de la restauración de la filosofía de Santo Tomás en la Italia moderna... porque más que nadie ha contribuído al movimiento filosófico-tomista, llevado a cabo en Italia..." (2).

Eco de esta misma opinión, o tal vez del Abate *C. Besse*, que pa-

(1) *Los Intelectuales y la Iglesia*, por RAFAEL GARCÍA DE CASTRO, Canónigo Lectoral de Granada, Académico de C. de Ciencias Históricas de Toledo, etc.—Ediciones FAX, Plaza de Santo Domingo, 13, Madrid, 1935.

(2) *Historia de la filosofía* (1886), t. 4, p. 415.

rece sentir lo mismo que el Card. Zeferino González (3), es la rotunda afirmación del exCatedrático de Filosofía y Teología, Patricio Pérez Muga, en su *Historia de la filosofía* (4), de que “el verdadero iniciador de este gran movimiento restaurador (de la escolástica) fué Cayetano Sanseverino”.

Y mucho más avanzada es la posición del R. P. Pégues O. P. en su eruditísima obra *Initiation Thomiste* (5). Después de haber puesto entre los antitomistas al Card. Belarmino, Lugo, Lesio, Ripalda, Perrone, Franzelin, Mazzella, y sobre todo a Suárez, cuyo método, aunque “de suyo excelente”, es como precursor del método cartesiano: “Un avant-guste la methode de Descartes” (p. 351, 357); en el último capítulo, titulado “Les Thomistes”, y en el apartado “La nouvelle floraison thomiste” (del s. XIX), no encuentra en toda la Compañía más partidarios del tomismo que el Cardenal Billot.

Y la obra original, reimpressa varias veces y traducida a otras lenguas, anda de mano en mano. De ese modo se va formando o confirmando la leyenda negra del “antitomismo jesuítico”.

Claro que no todos sienten lo mismo. Por ejemplo, el docto y fecundo historiador de la filosofía Windelband, hablando del *Rinascimento del tomismo*, “no se detiene a enumerar “i molti tomisti (gesuiti in gran parte)” que en Italia, Francia, Alemania, Bélgica y Holanda desarrollaron la neoscolástica” (6). Y conteste con él está Rudolph Eisler, que entre los 33 representantes del neotomismo provocado por la bula “Aeterni Patris” cuenta diez jesuitas, casi la tercera parte (7).

(3) *Deux Centres du Mouvement Thomiste*: Rome et Louvain, par C. BESSE, du Clergé de Versailles, pp. 12-13.

(4) Pág. 446.

(5) R. P. THOMAS PEGUES, O. P.: *Initiation Thomiste* (Sixième Mille).—Toulouse, 1925.

(6) *Storia della filosofia*. Nuova versione italiana da C. DENTICE DI ACCADIA, II, p. 394, nota.

(7) “Neu belebt wurde das Scholastische Studium im Jahre 1879, als Papst Leo XIII (durch die Bulle “Aeterni Patris”) die Philosophie del hl. Thomas v. Aquino als Basis der Offiziellen Kirchen-philosophie erklarte. Die dadurch geschaffene neuscholastische Richtung, welche gegenwärtig viele Anhänger zählt, versucht, in den feststehendem Rahmen des Kirchlichen Weltbildes die gesicherten Resultate der modernen Wissenschaft einzufügen. Solche Neus. er sind Stöckl, Kleutgen...” (Wörterbuch der Philosophischen Begriffe... von Dr. Rudolf Eisler, v. *Scholastik*.)

Y eso aun omitiendo nombres tan beneméritos del neotomismo como el Card. Ehrle y otros que veremos más adelante. Pues la siguiente frase es nada menos que del célebre historiador de la filosofía escolástica, M. De Wulf: "La Neoscolástica, cuyo renacimiento data del último tercio del s. XIX (Liberatore, Taparelli, Cornoldi, los tres jesuítas, etc), y que recibió brillante impulso en el pontificado de León XIII, etc... (8). Y cierto que lo mismo éste que los dos anteriores testimonios no podrán ser recusados como parciales o interesados en el asunto.

Hallámonos, pues, frente a dos opiniones encontradas; ¿cuál de ellas es la más cierta? He ahí el único punto que quisiéramos dilucidar serena y objetivamente en estas líneas, sin ánimo de polemizar y llevados únicamente del amor a la verdad histórica.

Para hacerlo cumplidamente dividiremos nuestro trabajo en tres partes, correspondientes a otros tantos períodos o fases que se pueden distinguir en el neoscolasticismo: las primeras tentativas de restauración en la primera mitad del s. XIX; su afirmación franca, aunque extraoficial todavía (1850-1879); desde su proclamación oficial en la encíclica *Aeterni Patris* (1879) hasta nuestros días.

Si nuestro amor filial no nos engaña, la parte que ha tenido en esas tres fases la Compañía de Jesús ha sido notabilísima, y en su conjunto tal vez no superada por ninguna otra institución.

I.—Las primeras tentativas de neotomismo

Adelantar los primeros vislumbres del neotomismo a la aparición de la tersa y eruditísima *Summa* del dominico napolitano Salvador María Roselli, editada desde 1777 a 1783 (9), como lo hace Herranz y Establés (10), parecenos, además de singular, una opinión desacertada. Pase que la influencia de tan valioso trabajo no fuera tan exigua como lo da a entender C. Besse al decir que "estuvo en honor entre los dominicos, aunque a puerta cerrada" (11); si bien es verdad que

(8) *Precis d'Histoire de la Philosophie*, p. 127.

(9) FRATRIS SALVATORIS MARIAE ROSELLI, *S. Theologiae Magistri O. P.: Summa Philosophica ad mentem Angelici Doctoris S. Thomae Aquinatis*. Tenemos a la vista la editada en Madrid por Benito Cano en 1783: "Obra que se da a luz por suscripción" (pág. 9).

(10) *Historia de la filosofía*, p. 290 y 184.

(11) O. c., p. II, n. 4.

los contados suscriptores (menos de 400) a la edición española son casi todos eclesiásticos o religiosos.

A pesar de eso, y aunque la obra sea “tan preciosa y acabada en sus partes que se juzga capaz de llenar las esperanzas y satisfacer las vivas ansias de un Curso de Filosofía perfecto” (12), es lo cierto que precisamente a raíz de su publicación alcanzó su aceleración máxima el descenso y ruina de la filosofía tradicional eclesiástica, hasta hundirse por completo a fines del s. XVIII y el primer tercio del XIX en el más profundo descrédito. Y esto no sólo en Francia, donde fueron innumerables los sacerdotes católicos que se afiliaron a las filosofías modernas; no sólo en Austria, Bélgica, Luxemburgo y la Italia Septentrional, de cuyos seminarios fué desterrada la escolástica por orden del Rey Sacristán José II (1780-90); no sólo en Alemania, donde Hegel era el rey de todos los centros universitarios; sino hasta en nuestra España, como lo prueban estas frases harto expresivas, entresacadas de un elogio fúnebre pronunciado en Barcelona el año 1815: “El océano inmenso del fatal Peripato...; las sutilezas de Aristóteles...; el farraginoso aparato de voces bárbaras y extravagantes que, queriendo significar vastos conceptos, carecen de significación; la algarazara de los ergos, la estolidez de las cuestiones...; la doctrina de Dunz (sic) Scoto pretenderá aguzar tu ingenio con cuatro sutilezas que él no penetraba...; ardidés de cuatro ignorantes, que por calificar su holgazanería nos venden sus ensueños por conceptos...; lobreguez del escolasticismo...” (13).

Y el que las pronunciaba era miembro de una sociedad filosófica que pocos días antes había tomado al Aquinate por Patrono. Es que, ante la nueva moda filosófica y la falsa cultura francesa difundida por Europa, el ser escolástico era por entonces en España un baldón cultural, y pocos eran los *Filósofos Rancios* que quisieran cargar con ese sambenito.

La nueva ciencia, si se imponía de un lado por sus maravillosos y multiplicados progresos, de otro había echado por tierra la teoría de los cuatro elementos y sus cuatro correspondientes cualidades primarias, fundamento de las demás; la incorruptibilidad de los cielos, el

(12) *Summa Philosophica*, pág. 9 (edición citada).

(13) *Antecedentes de la Escuela filosófica Catalana del s. XIX*.—DR. COSME PARPAL, p. 62.

geocentrismo de Ptolomeo, etc. Y, los unos por confundir la parte científica con la filosófica del escolasticismo; los otros, deslumbrados por el esplendor aparente de la nueva filosofía y contagiados con el espíritu de novelería, que es una de sus características, es lo cierto que todos en general miraban la filosofía medieval como sinónimo de ignorancia, atraso, obscurantismo... Por eso los mismos paladines de la Iglesia Católica, que en el campo de la razón natural hicieron frente a las ideas revolucionarias en Francia, Italia, Bélgica y Alemania, prefirieron alistarse en las filas del Lamennais, J. Hermes, del tradicionalismo, ontologismo o cualquier eclecticismo de mala ley, antes que volver a izar la rota y desprestigiada bandera de la filosofía antigua.

La bien documentada obra del Prof. A. Masnovo, *Il Neo-Tomismo in Italia* (14), parece encaminada principalmente a demostrar que el verdadero iniciador de la restauración escolástica, o, cuando menos, "obrero en ella audaz e incansable de primera hora" (p. 200), fué el canónigo placentino VICENTE BUZZETTI (1777-1824), que regentó la cátedra de filosofía (1806-08), y después la de teología tomista, en el seminario diocesano de aquella ciudad. No negamos al fervoroso Tomista y debelador de Lamennais ni un ápice de influjo en el advenimiento del neotomismo italiano. Nos limitaremos a hacer dos indicaciones que vienen a nuestro propósito: primera, que el tomismo de Buzzetti debióse, en parte, al trato con los jesuitas expulsos que dirigieron (1793-806) un colegio en Placencia, y señaladamente a la enseñanza del Profesor de Filosofía Baltasar Masdeu, también ex jesuita español, el cual en tres escritos filosóficos (15) vuelve, valiente, por los fueros de la escolástica contra el predominante sensismo de Locke y Condillac. Y esta parte que tuvo Masdeu en la orientación tomista del canónigo placentino, la confiesa el mismo Masnovo (16), así como el vivo deseo de Buzzetti por entrar en la Compañía de Jesús (17).

(14) AMATO MASNOVO, Professore di scolastica nella Università Católica del Sacro Cuore: *Il Neo-Tomismo in Italia*. Milano, 1923.

(15) Theses in universam philosophiam; Positiones ex ethica selectae; Ethicae... Epitome, in duas partes distributa quam suis tradidit auditoribus Baltasar Masdeu, *publicus* Logicae, Metaphysicae Ethicaeque professor in Atheneo D. Petri Placentino.

(16) O. c., pp. 180-83.

(17) O. c., p. 74.

La segunda observación me la da también el mismo Masnovi: "El recuerdo, escribe, de contiendas antiguas, unido a circunstancias especiales, turbó la serena visión de los conciudadanos de Buzzetti, viniendo así éste a quedar sepultado "per troppo lunghi anni" en un olvido desmerecido". Y si su neotomismo influyó algo en el resurgimiento de la escolástica fué a través de dos de sus discípulos, los hermanos Sordi (Domingo y Serafín), "quienes transplantaron sus ideas, de Placencia a la Compañía de Jesús" (18).

Quedamos, pues, en que, si Buzzetti puede ser considerado como el iniciador del neotomismo italiano, lo debe en buena parte a los jesuitas: a unos, porque le convirtieron del sensismo aprendido en el colegio Alberoni de Placencia (19); y a los otros, porque fueron los únicos de sus discípulos que propagaron sus tendencias restauradoras en la también recientemente restaurada Compañía de Jesús (7-VIII-1914).

Aunque, a decir verdad, una Orden que en los ss. XVI y XVII hizo triunfar los tímidos ensayos de Cayetano y Vitoria por substituir la Suma teológica al libro de las Sentencias, y que cuenta los comentaristas del Angélico por docenas, y de la talla de los Toledo, Suárez, Vázquez, Valencia, Molina...; una Orden que no sólo en sus Constituciones (20), sino hasta en su misma ascética (21) veía recomendado el escolasticismo y señaladamente el de St. Tomás; no necesitaba de semillas exóticas para seguir las huellas de sus antepasados. Llevaba en su seno los gérmenes fecundantes del neoscolasticismo tomista, y esos gérmenes tenían que dar espontáneamente sus frutos en la nueva Compañía; y los dieron a pesar de los no pocos obstáculos y pésimas condiciones climatológicas en que se desarrollaron.

Nos referimos a la condición tristísima de los centros docentes

(18) O. c., p. 81.

(19) Cf. Masnovi o. c. p. 70 sigs.; *Civiltà Cattolica*, a. 1927, I, p. 113 nota.

(20) In Theologia legetur vetus et novum Testamentum, et doctrina scholastica divi Thomae... In logica, et Philosophia naturali et Morali, et Metaphysica doctrina Aristotelis sequenda est... (*Const.*, S. J., p. 4, c. XIV, nn. I, 3.

(21) "Alabar la doctrina positiva y escolástica; porque así como es más propio de los doctores positivos... el mover los afectos...; así es más propio de los escolásticos, así como de Santo Thomas, San Buenaventura y del Maestro de las sentencias... (Ejercicios espirituales; Reglas para sentir con la Iglesia, II.ª regla).

eclesiásticos, por las causas que arriba apuntamos. De ese ambiente hostil no podía verse libre la reciente Compañía, formada en un principio por miembros: unos, restos del naufragio casi universal de la Orden, más o menos resentidos del espíritu de la filosofía moderna; otros, jóvenes de esperanzas, pero todavía sin formar. De ahí los varios tropiezos, que aun de puertas adentro encontrarán los primeros neoscolásticos jesuitas. Pero gradualmente irán triunfando de todos ellos la prudencia y cautelas de los Superiores; y de ese modo iniciarán eficaz aunque lentamente la ansiada renovación de la escolástica; cuando otras Instituciones y Congregaciones, que habían sufrido menos que ella en la revolución, no ponían, que nosotros sepamos, medios extraordinarios para ello.

Veámoslo.

Ya la Congregación General que nombró Superior de toda la Orden al P. Luis Fortis (1820), aprobando un postulado de las Provincias sobre la justa modernización de los estudios, encargó al P. General la revisión ponderada del *Ratio Studiorum* por personas técnicas, y la imposición de la misma a toda la Compañía (22). Al año siguiente se abría en la Curia generalicia una información, preguntando a todas las provincias de la Compañía sobre los planes de estudios, aspiraciones y gustos de las correspondientes universidades en materia de ciencias y filosofía (23).

La empresa exigió más tiempo de lo que duró el generalato del P. Fortis. Pero su sentir, que era el oficial de la Compañía, lo expresó paladinamente en dos ocasiones. La primera fué una circular (4-X-1823) al P. Richardot, Prov. de Francia, extendida a todos los demás Provinciales, a propósito de unas tesis filosóficas de sabor lammennaisista, impresas el año anterior en el seminario de Folcalquier por un jesuita francés. En ella proclama solemnemente la jefatura de Angélico con S. Agustín en nuestros estudios filosóficos: "Nos enim sive Cartesii sive cuiusquam alterius philosophi discipuli esse minimè profitemur; non unius alteriusque philosophi discipuli et placita de

(22) Decret. Congr. Gen. Institutum S. J. II, 471, Decr. II.

(23) Cfr. *Ratio Studior. et Institutiones Scholasticae S. J.* per Germaniarum olim vigentes, collectae, concinnatae, dilucitatae a G. M. Pachtler S. J.; vol. IV p. 357: Aufforderung des P. Asistenten Brzozowski au den deutschen Vice Provincial zur Aeusserung über die alte *Ratio Studiorum*".

fendimus, verum ea sequimur principia quae omnibus scholis communia sunt quaeque communiter defendebantur, antequam Cartesius existeret. Scholae nostrae duces praecipuos agnoscimus S. Thomam, cuius tantum valet auctoritas apud omnes christianos doctores, S. Augustinum”...

La segunda ocasión fué su proyecto de implantar el tomismo en el Colegio Romano, devuelto a la Compañía por León XII en 1824, y que había de ser el espejo en que se mirasen los demás colegios nuestros. ¿Cómo? Deseando dar la cátedra de lógica al P. Serafín Sordi, fervoroso Tomista, como veremos, aunque su deseo no pudo llevarlo a cabo; y poniendo al frente del Colegio a un sujeto que bien puede llamarse, si no el primero, uno de los primeros promotores del neotomismo italiano: el P. Luis Taparelli.

A la verdad, pocos tan aptos como él para imprimir a la Universidad Gregoriana el movimiento neotomista, y así unificar su enseñanza. Educado primero “en las doctrinas modernas: Soave, Genovesi, Storchenau, Sarti y otros afines” (24), e iniciado tal vez en el tomismo por el P. Serafín Sordi, a quien trató en el noviciado de Génova (1816-1817) y en el colegio de Novara, pudo contrastar en su propio espíritu los efectos contrarios de éste y aquéllas; pudo palpar: de un lado “el escepticismo al que llevan “tutte codeste dottrine de la filosofía moderna” y del otro “la gran certeza y convicción de principios científicos”, que infundía la doctrina de Sto. Tomás. Además él había hallado en ella mucha facilidad para los estudios y le debía “quel poco de reputazione che hanno ottenuto le mie stampe” (25). Así escribía en la carta susodicha, refiriéndose a su segundo año de rectorado, 1925.

Con tales disposiciones, agudizadas por la responsabilidad de su cargo, el nuevo Rector, ya en su ánimo neotomista, no pudo menos de lamentar la disparidad e incoherencia de las filosofías y criterios que habían invadido también la Gregoriana, aunque durante la extinción hubiera estado regida por jesuítas o discípulos suyos (26). Se imponía pues espontáneamente a su espíritu y se lo exigían además los Superiores, el poner remedio a tanta indisciplina doctrinal.

(24) Carta del mismo Taparelli al P. Becks, 1861; *Civiltà Cattolica*, a. 1927, I, p. 112.

(25) *Civiltà*, l. c. p. 115.

(26) *Ibid.* p. 116.

Mas el problema era delicado y difícil. Y el prudente Rector, en busca de la solución adecuada, observó, meditó, consultó, entre otros al P. Sordi Serafín, y al fin, según lo confiesa él mismo, halló resuelto el problema en las Constituciones y en el Instituto de la Compañía. Las normas allí trazadas e inculcadas repetidas veces de seguir la escolástica peripatético-tomista (27), imposible, se decía, que nos lleven, aun habido en cuenta el progreso de las ciencias, a doctrinas ridículas; y que nos indispongan con los alumnos, como falsa e imprudentemente recelaban algunos Padres de la misma Universidad. El fondo y nervio del peripatetismo-tomista era compatible con la moderna ciencia y se podía y debía exponer evitando las formas arcaicas y cuestiones anticuadas. En este sentido el docto y prudente Rector compuso hasta tres opúsculos, proyectos o planes de reforma filosófica, de sabor marcadamente neotomista, más un pequeño manual que, corriendo de mano en mano, orientó hacia el tomismo a un círculo de selectos alumnos.

Cierto que planes tan prometedores quedaron en buena parte frustrados con la salida de Taparelli para Nápoles (1829) y el nombramiento para Prepósito de la Provincia Romana, del P. Sineo, adverso al pensamiento medieval. Pero con todo las tentativas de Taparelli distaron mucho de quedar infecundas. Anotemos, si no, los frutos positivos que trajeron al tomismo naciente.

El P. Taparelli, que hace un lustro, si era interiormente tomista, no lo demostraba, convertido en el primero y más eficaz paladín de la nueva doctrina: poniendo a su servicio prestigio, pluma y talento, conquistándole nuevos paladines, dando unidad a esfuerzos aislados, limando asperezas y frenando los fervores excesivos de algunos; que todo fué necesario para ganar una causa tan perdida (28). De aquel

(27) Constit. S. J. p. 4. 6. 14; Congregatio 16, Decret. 36.

(28) Véase lo que sentía el impetuoso P. Serafín Sordi, más adelante (1853), aleccionado con el mal resultado que había dado su método. Escribía así en su opúsculo, *De Studio Theologiae* (1853): "Fingas Societatem nostram anno 1914, cum primum restituta fuit in toto orbe, voluisse ut proprie philosophia illa et non alia traderetur in suis scholis, eo quod sic iuvent regulae sui Instituti. Peto abs te utrum id facere potuisset aut etiam debuisset? Neutrum dici potest. Non primum, quia post tantum temporis intervallum philosophia illa non agnoscebatur nisi per probra et irrisiones, quibus undique conspergi solebat. Erat igitur plane impossibile reperire professores idoneos qui ipsam dictarent. Non vero

selecto círculo de iniciados en la nueva doctrina, lleva consigo a Nápoles los suficientes, para hacer de aquel colegio de la Compañía un nuevo foco neotomista, como vamos a ver en seguida. Entre los mismos circulistas, y por cierto el predilecto de Taparelli, contábase además un joven clérigo, cuyo entusiasmo por el Aquinate data desde su formación filosófica en el Colegio Romano, y trato con Taparelli. Era el futuro León XIII; el cual en la primera recepción Pontificia otorgada al colegio germánico, donde él había hecho de repetidor por designación de Taparelli hacía más de 40 años, tuvo este memorable recuerdo para su antiguo Mecenas: "*Gratissima enim vero et iucundissima Nobis est illius temporis recordatio, quo Athenaei Gregoriani scholas frequentavimus et Aloisii Taparelli viri e S. J., clarissimi auctoritate, adiutores studiorum auditoribus philosophiae in germanorum et hungarorum collegio dati sumus*" (20).

Pon fin con la salida de Taparelli no se extinguió en la Universidad Gregoriana el movimiento iniciado por él. Prueba de ello las polémicas entre tomistas y antitomistas, tan acaloradas que hubo de intervenir en ellas el nuevo General Juan Roothaan; otro partidario convencido del tomismo, como veremos en la segunda parte de nuestro trabajo, pero que en el modo de rehabilitarlo y restablecerlo seguía, como Taparelli, la táctica del "festina lente".

El Autor y alma de aquel movimiento no desistió por eso de su empresa. Al año de Provincial, o sea, para el curso escolar 1830-31, los Padres Rozanka, Biagioli y Massa, excelentes Profesores del Colegio Máximo napolitano, pero fautores de la ciencia y filosofía modernas, más de lo justo, quedaban sustituidos en sus Prefecturas de estudios y cátedras de filosofía y ciencias por los antiguos discípulos de Taparelli en el Colegio Romano, y tomistas convencidos: José de Rosa, Enrique Borgianelli, Domingo Sordi y J. Agustín Castello,

alterum: quia, etiam si potuisset, tamen culmen imprudentiae attingisset tradendo doctrinam difficillimam et odio habitam a bonis non minus quam a pravis, a summis et ab infimis, non exclusis auctoritatibus sive ecclesiasticis sive etiam saecularibus. Necesse omnino erat exspectare ut Providentia suaviter tempora disponeret et circumstantias, ac sinere ut interea professores singuli contenti essent in philosophia regulis catechismi et sensus communis. Quare etiam ex hac parte, Societas eiusque moderatores non reprehensionem sed laudem merentur". Más al vivo no se podía expresar la dificultad de una propaganda franca del tomismo por entonces.

(20) *Civiltà Cat.* a. 1927, I p. 409.

quedándose así organizado el “Peripato tomista-napolitano” (30).

Su nueva doctrina, lejos de provocar la reacción que se temía, dado su general descrédito, se atrajo las simpatías de hombres tan doctos como el kantiano y condillaciano Pascual Gallupi (1770-1846), y fué agrupando al lado de los veinte escolares jesuitas que cursaban el trienio filosófico, muchos otros jóvenes nobles de la Ciudad, que anteponian “la solidez y bondad de nuestras doctrinas a tanta superficialidad y perversidad de opiniones” (31).

Los jóvenes Profesores estaban convencidos de esta gran verdad: “che la teologia scolastica di S. Tommaso no é che un legítimo corollario della sua stessa filosofia, pergió contradirsi coloro che, venerando S. Tommaso come teologo, lo disprezzano come filosofo” (32). Y guiados por este criterio, escribieron memorias en favor del peripatetismo tomista, hicieron atinadas observaciones al nuevo *Ratio Studiorum* enviado por el P. General a todos los colegios por vía de experimento; compusieron textos según ese mismo criterio, aunque no llegaron a ver la luz pública, celebraron varios actos públicos con aceptación de las personas más cultas de Nápoles, atrayendo con ellos a las clases nuevos alumnos. Todo parecía augurar el sueño dorado del verdadero Mecenas del Colegio, P. Taparelli, cuando el poco discreto fervor tomista del P. Domingo Sordí (33), y más que nada razones financieras, troncharon en flor (1833) tan risueño porvenir del neotomismo. El General Roothaan, informado desfavorablemente del estado del colegio por el Visitador Ferrari (por cierto nada afecto a las nuevas doctrinas mientras desempeñó este cargo), ni prolongó al P. Taparelli el Provincialato, como lo deseaba y procuró más que nadie D. Sordí; ni de los jóvenes promotores del tomismo dejó en el colegio más que a Borgianelli.

(30) Puede verse una corta reseña biográfica de los cuatro en la *Civiltà*, 1920, I, p. 231 sigs.

(31) Memoria latina del Colegio sobre el esquema del nuevo *Ratio*. Véase *Civiltà Cattolica* I. c. p. 424. Cf. *Rev. Neo-scholastique*, 1911, p. 246.

(32) Carta del P. Castello al P. Roothaan 5-3-1832: *Civiltà*, I. c. p. 233.

(33) No contento con la enseñanza de la clase, al margen de las reglas y a modo de contrabando abrió en su propio aposento una academia peripatético-tomista, cuyos miembros, enardecidos en ella a favor del arcaico aristotelismo y de Sto. Tomás; provocaron fuera de la academia disputas acaloradas y discusiones. Era servir al enemigo en bandeja de plata. (*Rev. Neo-scholastique* 1911, p. 234).

Pero la semilla de aquel trienio tomista no cayó en tierra estéril; antes conquistó nuevos y fervorosos defensores de la filosofía tomista: unos, con su autoridad, como el P. Ferrari, nombrado Rector del colegio, el cual en el primer acto público cambió en benevolencia su actitud adversa al tomismo, y permitió que siguiera enseñándose en las clases; otros, con la pluma. Que en el peripato napolitano y bajo la dirección de Castello, Sordi y Borgianelli se habían formado, juntos con el Arquéologo Garruci, los hermanos Cerciá (Antonio canonista y Rafael teólogo); el P. Carlos M. Curci de quien hablaremos en la segunda etapa, y sobre todo el P. Mateo Liberatore. El cual desde el año 1836 empezó a laborar por la causa del neotomismo; primero en sus clases de filosofía, que explicó en el mismo colegio napolitano (1836-48); después con sus textos filosóficos que escribió, ya en latín (*Institutiones*), ya en italiano (*Elementi*), de los que en solos dos lustros (1840-51) salieron a luz pública en Nápoles, Turín, Milán, Roma, Barcelona... hasta once ediciones (34).

Es cierto que en ellos no se nos revela todavía el tomista convencido y franco de los últimos cuarenta años de su vida, y en ello estamos de acuerdo con Masnovi (35); mas esta ausencia de tomismo franco, no se debió como sostiene el docto Profesor, a la inconsciencia o ignorancia en Liberatore, del Tomismo (36). Tal ignorancia no se hermana bien, a nuestro juicio, ni con la formación tomista que había recibido, ni con este testimonio del mismo Liberatore: "Cum primum meas Philosophicas Institutiones in lucem prodidi abhinc annos iam 40 (escribía en el 1881), nemo profectus suspicatus fuisset hanc rerum conversionem cui, Deo favente, vivi adsumus. Ea enim tempestate philosophia S. Tomae Aquinatis sic humi iacebat ut non pauci, a bonis etiam, me insanum dicerent, quod eam in pristinum honorem restitui posse arbitrarer" (37). Luego la omisión de varias cuestiones

(34) SOMMERVOGEL, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, 4, cols. 1774 sigs.

(35) O. c. pp. 41-52.

(36) O. c. pp. 48 y 50. De ahí que el mismo Masnovi atribuya el tomismo de Liberatore a la influencia de Cousin (Ibid. pp. 42-43).

(37) *Institutiones Philosophiae*, ed. 1881, p. 50. Lo mismo había afirmado en la edición de 1860; y en una carta a Curci de 1852, donde trata de disuadirle que retrasase la campaña neotomista en la Civiltà, de la que era Director el P. Curci, entre otras razones le trae ésta: "Come io sono giunto a insegnare e a ben diffendere in Italia i principii filosofici di S. Tommaso, fino a poter ora parlare apertamente, senza che niuno dei nostri od esterni mi appuntasse du

características del tomismo en sus primeras ediciones fué una ocultación intencionada, lo mismo en *Liberatore*, que en *Taparelli*; hija en ambos de su prudencia y del temor muy razonable, según hemos visto, de perjudicar a la nueva doctrina que llevaban en el corazón, con una prematura profesión de fé tomista. Y ese prudente recelo hubo de acrecentarse con el golpe de autoridad venido de Roma el año 1833, que dejamos expuesto.

Con todo, el sano eclecticismo, bien diverso del *cousiniano*, seguido por *Liberatore* hasta 1850, no dejó de preparar el terreno al tomismo. Antes de levantar el edificio es menester descombrar el terreno y aportar los materiales. Y esa fué la obra del Filósofo salernitano en esta época de la restauración tomista, dedicándose con preferencia al estudio y crítica de las filosofías contemporáneas heterodoxas, y por lo mismo antitomistas; tomando de ellas elementos y teorías aceptables, con que rejuvenecer más adelante la neoscolástica, y aproximándose poco a poco al tomismo, como confiesa el mismo Masnovi, cuyas son también estas palabras con que da fin a su examen sobre la obra de *Liberatore*: *Si* (subrayamos nosotros el *si*), a causa de esta sustracción (los diez años de profesión tomista) puede concederse el que *cronológicamente* sea otro el llamado a ocupar el primer puesto en la restauración tomista, no pierde nada de él (*non ne scapita*) por eso el culto jesuítá” (39).

Y, notémoslo bien: este filósofo, que, según Masnovi, pudiera *tal vez* disputar a *Liberatore* la primacía *cronológica* en la restauración tomista, no puede ser Sanseverino. Pues de él (comparándole con el mismo *Liberatore* y sus colegas de la *Civiltà*) nos hace más adelante el mismo Masnovi tres afirmaciones, que suponen el tomismo del canónigo napolitano ocho o diez años posterior al de *Liberatore*: 1.^a que en vano buscaríamos en sus escritos (de San Severino), anteriores a 1858, un tomismo bien definido y lleno (ben difinito e pieno) como en las páginas contemporáneas de la *Civiltà*—en la que escribía *Liberatore*—o en las ediciones contemporáneas de las *Institutiones Philosophicae* de éste; 2.^a que Sanseverino y sus discípulos en esos dos lustros 1850-1860, eran frente al movimiento concentrado en la *Ci-*

anticaglie anzi lodandomi intorno a ciò perfino el P. Pianciani? Mostrando di non farne nulla e dando un passo per volta (caminando paso a paso). No vi ha cosa piú ravinosa dello zelo indiscreto. (38) O. c. p. 38.

(39) O. c. p. 52.

viltà, lo que fué la antigua escolástica del s. XII frente a la síntesis Albertino-Tomista; 3.^a a la verdad (la verita vera e che...) Sanseverino era—en esa época—más erudito que filósofo y su inmensa erudición no podía suplir la falta de aquella precisa, continua y sintética tradición oral, que poseían los redactores de la *Civiltà* (Taparelli, Liberatore y Curci (40).

El filósofo aludido, acreedor *hipotético* según Masново, al título de iniciador del tomismo sería en todo caso el Barón Vicente de Grazia (1785-1856), que en 1851 dió a luz su *Prospetto de la filosofia ortodossa*, donde presenta a Santo Tomás como al príncipe de la filosofía ortodoxa y el medio más eficaz para rebatir a los racionalistas contemporáneos de Francia y Alemania (41). Y es verdad que el mismo Taparelli al juzgar el *Prospetto* al año siguiente en la *Civiltà* dijo de su autor que había sido “el primero en arbolar la bandera del tomismo” (42); mas como el Barón no hizo escuela, y su obra al lado de los numerosos escritos de Liberatore, casi desaparece, de ahí la duda de Masново, y bien fundada a nuestro juicio, en atribuirle el título de restaurador del tomismo.

Pues todavía hemos de mencionar en esta primera etapa del neotomismo, que historiamos, a otro jesuíta benemérito de la restauración: el P. Serafín Sordi. Aunque su modestia excesiva (43), los cargos que ocupó muchos años en colegios de segunda enseñanza, y su táctica en promover el tomismo (contraria a la de Taparelli y Liberatore) de frente y sin disimulos ni preocupaciones de ningún género, restó eficacia a sus ideas proselitistas; así y todo, refutó en sendos opúsculos las ideas antitomistas de Rosmini y Gioberti, haciendo uso de la doctrina tomista, aunque sin exponerla de propósito; y escribió además en 1830 un curso completo de filosofía y varios folletos sobre la composición de los cuerpos, sobre la evidencia, que no vieron la luz pública, pero que, leídos por sus íntimos, conquistaron para el tomismo hombres, como el P. Isaías Carminati, S. J. y José Pecci; los cuales con los dos Hermanos Sordi iniciaron la corriente rígida de

(40) O. c. pp. 122-123.

(41) Pelzer, Rev. Nèo-scolast., año 1911 p. 238.

(42) MASNOVO, o. c. p. 40.

(43) El P. Melandri S. J. habla de él como de “hominis non minus scho-lasticae, quam vocant, philosophiae studio, quam vitae sanctitate cum paucis comparandi” (*Civiltà*, a. 1928, p. 226).

tomismo, que hubo en la Compañía desde esta época.

Educados por Buzzeti, el tomismo no era para los Hermanos Sordi, como para Taparelli y Liberatore, un límite ideal al que debían irse acercando gradualmente, ocultando tesis y teorías malsonantes a los oídos contemporáneos y vistiendo la doctrina antigua con atavíos modernos; sino un rico patrimonio que se debía explotar en seguida y transmitir intacto a la posteridad (44). Y el P. Serafín había inoculado esta misma ideología a sus dos discípulos, Carminati y José Pecci... El primero, aunque arrebatado por una prematura muerte en la flor de su edad, todavía editó en 1843 la *Obra del P. Alagona S. J.... S. Thomae Aquinatis Theologiae Summae Compendium, auctore P. Petro Alagona S. I...* El P. José Pecci, enseñó la filosofía en Faenza, Parma y más tarde en el mismo colegio romano. Salido de la Compañía en 1851, al lado de su hermanco, el gran León XIII, Arzobispo de Perusa a la sazón, fundó en esta ciudad, aconsejado por el mismo Sordi, con quien continuó relacinándose por cartas, la *Accademia di Sto. Tommaso*; siguió propagando el tomismo, y más adelante nombrado Cardenal por su hermano León XIII, tuvo una parte muy importante en la reforma de los estudios eclesiásticos, comenzando por la promulgación de la encíclica *Aeterni Patris*. Entre paréntesis: Readmitido en la Compañía en 1888 murió en Roma el 9 de febrero de 1890.

Algo pudiéramos añadir todavía sobre la parte oficial que tomaron los Superiores de la Compañía en estos conatos de restauración; pero lo reservamos para la segunda parte de nuestro estudio. Basta lo dicho para demostrar que la gloria de haber iniciado el movimiento de la restauración neoscolástica *de una manera eficaz*, como hemos visto, nadie se la puede disputar a la Compañía. A lo menos los mejores investigadores de los orígenes del neotomismo italiano: Masnovi, Pelzer, Edm. Perrier, y últimamente Pirri, no saben de ninguna otra institución o persona que trabajara ostensiblemente por ese fin durante la primera mitad del s. XIX.

D. DOMÍNGUEZ.

(44) Véase lo que le escribía el P. Taparelli en 1850: "Toda la estima y reverencia que le profesó, no basta a hacerme variar el juicio de que la fuerza de su ingenio ha engendrado en Vd. cierta inflexibilidad en juzgar y combatir a los adversarios... Tal vez, si hubiese seguido mi parecer en el modo de restaurar los buenos estudios filosóficos, el bien hubiera sido estable". (*Civiltà*, a. 1928 p. 219).